LAS CIUDADES QUE LA CIUDAD ESCONDE

—¿Saben qué es lo que menos soporto? La mirada de los que pasan por la calle. Me siento indefensa, peor que desnuda. Ellos saben instantáneamente todo de mí: qué me pasa, cuánto dinero tengo en la cartera, que no voy a conseguir nada, que tengo mi curriculum abajo del brazo, que estoy cansada, que no me interesa hacer el amor ni tengo ganas de volver a mi casa, que me levanté a las seis, que me estoy volviendo matera a la fuerza... Claro que en ese cruce, también yo puedo decir, por lo menos, si algún par de ojos pertenece a un desocupado o a alguien que todavía tiene empleo.

Algunos caminan y presionan con el labio inferior al de arriba en lo que parece una sonrisa fingida, mientras suben pronunciadamente las cejas —parece que estuvieran probando cómo les quedaría un lifting, piensa Laura—, y dicen varias veces que sí con la cabeza. Ésos están en la misma. Es todo un discurso el cruce de miradas. Un simple gesto pregunta adónde iremos a parar. *Está bravísimo* —confiesan—, *qué fracaso, cuánta ignominia.*

—*Son un espejo, por eso no los resisto. Seguro que yo también hago las mismas morisquetas. ¿Qué es esto, el juego de las compasiones? Sólo falta que nos digamos algo así como "no se puede creer".*

Hay varias ciudades adentro de la ciudad. Uniformes con una etiqueta anuncian de dónde procede la gente. Laura bromea con que ella pertenece a una de esas ciudades donde vive más de un millón de personas que ya no tienen agua potable, ni luz, donde queda un solo teléfono y todos hacen fila con derecho a estar un minuto frente al aparato. Si sueña, el que está parado allí atiende, dice a todo que sí y se muda a otra ciudad, más grande y con ciertas comodidades ya olvidadas —eso de la luz, el agua...—; hasta se ven sonrisas allí. Entonces a ése le toca ir quince días a vivir en esa gran urbe. Se sabe de algunos que han permanecido hasta un mes en la ciudad de los grandes servicios, y es insufrible el cambio de personalidad de quienes no vuelven sino hasta después de un largo tiempo.

—*Pero hay una ojeada peor que el vistazo de los desesperados. Son los que van por la vereda con aire triunfador, y mientras siguen hablando de sus cosas te registran perdedora, vencida. Entonces el arqueo de las cejas es más picaro, más rápido, y sentís que piensan lo fácil que les resultaría hacerse un levante. Pero, justo están en otra cosa, así que te perdonan la vida. Yo los acompaño un par de metros sólo con los ojos, y les digo sin odio "la puta que te parió". Después tenés a los que andan muertos de miedo. Ésos no te miran, van ensimismados, per-*

lejos, el paso es más rápido que el de los desocupados y no tienen ese saltito ágil, despreocupado, de los que se piensan con la vaca atada.

Los habitantes de "Temporaria" viven como agachados. Caminan casi en cuclillas. Es cierto que mantienen algunos privilegios, pero el precio en términos de degradación es altísimo. Los condiciona ese letrero escrito en la única puerta de salida de la ciudad: "Si no les gusta este pueblo hay uno peor", y una flecha señala dónde queda ese otro sitio que algunos llaman "Cesantía", otros "Desesperanza", y que la mayoría ni nombra. Temporaria y Cesantía se desprecian, y con buenos argumentos. Los del único teléfono envidian a quienes están mucho más cerca de lo que se llama vida —aunque no la vivan—. Y los que trabajan de vez en cuando aben que la oferta de los desesperados tienta a los empleadores. Si no existieran los desesperados, ellos serían más importantes y necesarios, y quizá hasta más caros. Podrían discutir los horarios y tal vez correr la aventura de reclamar un aumento. Se harían contratos más prolongados. Pero eso es imposible con todos esos regalados que al primer llamado no trepidan en aceptarlo todo, y salen corriendo con la ilusión, pobres tontos, de que ése puede ser un paso para ir más allá, donde está la vida. Esos desesperados son el reaseguro de quienes ofrecen simulacros de empleos.

Injusto recelo. En 40 meses, a partir de 1994, desde la Capital y el conurbano de Buenos Aires, se fueron a vivir a Temporaria cerca de 800 mil perso-

nas. Casi la mitad de toda la masa ocupacional tenía antes una actividad estable. Apenas tres años más tarde, ya en el '97, menos de la tercera parte —sólo un 28 por ciento— gozaba de empleo fijo.

—Pensar que cuando yo tenga la edad de Once seremos en el mundo 8.500 millones de personas. Si ahora, con 6 mil, ya sumamos 2.500 millones sin trabajo, decime dónde me imaginás en esa época. Si yo dejé ahora una carrera a la que tengo "ahí", a cuatro libros, adiviná en qué etapa, del primario nomás, mis hijos habrán dejado todo. No, no voy a ser tan inconsciente de tener hijos, no les voy a hacer esa macana. Pero suponete que se da así, que en el 2000 se me ocurre concebir un hijo, ¿no habría que internarme?

—Si te vas al mazo con una salida al cine, no parece que estés corriendo demasiados riesgos.

—No entendiste nada.